

IV.

CONTINÚA LA PIEDAD.

Además de las cruces y devotas imágenes que convertían en oratorio la regia morada de D. Felipe, tenía muy á mano un crucifijo precioso que le movía el ánimo á piedad y religiosa ternura. Y así escriben historiadores y testigos oculares diciendo que lo estrechaba contra el pecho por espacio de horas enteras, principalmente en aquella su enfermedad postrera, dando tal ejemplo y muestras de amor divino y dolor de haber pecado, que le ponía á cuantos le asistían y ayudaban ¹. Ni fué menor la gran fe y devoción que predicaban á voces la piedad cristiana del Prudente Monarca, aquella que siempre tuvo al agua bendita, cuya eficacia con mucha razón tanto recomienda y elogia nuestra mística Doctora Santa Teresa de Jesús, por cierto tan amiga y encomiadora del mismo Rey su protector. Consta de la información eclesiástica de Cervera, que el augusto enfermo recibía muy á menudo en la frente y otras partes de su cuerpo el agua bendita, con la cual se santiguaba, no ya solo en tiempo de su grave y mortal enfermedad, sino por el discurso todo de la vida, principalmente cuando se retiraba á buscar el sueño reposado de la noche ². Y es claro, como ya queda insinuado, que la notoria piedad del Rey Católico no nació entónces de aquella enfermedad, ni del temor á la muerte:

¹ «Y frontero del rostro tuvo uno devotissimo, con el qual como testifican todos estuvo abrazado muchas horas antes que muriesse, poniendole sobre el rostro y ojos con tan grandes demostraciones de contrición y amor, que parece que se le queria meter en las entrañas...» *Testimonio Auténtico*, de Cervera, pág. 30.

² «Declaran assí mesmo los testigos de esta relacion, la devocion grande que Su Magestad en esta ocasion manifestó con el agua bendita, la qual recibia muy de ordinario en el rostro, y en otras partes de su persona, y que nunca se puso á dormir que no se santiguasse primero con ella...» Cervera de la Torre, *Testimonio Auténtico*. cap. IV, pág. 45.

que le amenazaba, sino que la demostró siempre y constantemente cuando se hallaba en estado de robustez y vigor juvenil. ¿Y quién no tomará como buena prueba de todo ello aquel afán de asistir al coro con los religiosos para rezar y cantar con ellos el oficio divino, en todas sus horas? Oyó el Rey una víspera de San Pedro tañer á maitines de noche una campana, cuando edificaba la octava Maravilla del mundo en el Escorial; y preguntando al instante cuál campanilla fuese aquella, se le respondió que era para cantar maitines los Padres del convento. Se levantó en seguida, entró en la capilla y para prepararse mejor al oficio divino se puso en oración mientras llegaban los monjes. Y dando después raro ejemplo de humildad, se sentó hombro con hombro de un pobre labriego en la parte de un banquillo en que también aquél esperaba; y cuando los religiosos se hallaban ya en el coro recibieron aviso y bajaron para abrirle y acompañarle al modesto asiento que la comunidad le tenía preparado. Ni hay hoy mismo quien conozca el incomparable cenobio de San Lorenzo el Real, que no haya visto y admirado la silla que ocupaba el Rey Prudente con los monjes en el coro de aquella basílica ¹.

¹ «Aconteció vispera de San Pedro... que los frailes pusieron una campanilla para llamarse y hacer señal al coro, y la primera vez que la tañeron fué para los maitines desta fiesta á prima noche. Oyóla el Rey que estaba aposentado en la pobre casa del cura, y preguntó á Miguel de Antona, un hombre de placer que traia consigo, ¿dónde estaba la campanilla que sonaba? El le respondió que en el convento tañían á maitines, y sin mas aguardar se levantó del asiento de tres pies, y fué allá siguiéndole solo este hombre. Entró en la capilla, hizo oracion, y halló un labrador sentado en un banquillo, y en la parte que de él sobraba se sentó el humildísimo monarca, y así estuvieron juntos un rato sin conocer el labrador al Rey hasta que se juntaron los religiosos. Miguel de Antona hizo señal para que bajasen á abrir á Su Mag.; y subió á la tribunilla á oír maitines, estando hombro con hombro con los religiosos, por la estrechura del lugar, y primero mano á mano con el labrador en el banquillo.» El Licenciado Porreño, *Dichos y Hechos...* capítulo V., pág. 55.

Ha intentado alguno últimamente rebajar la autoridad de Porreño y aún denigrar su persona llamándole pobre cura de Sacedón, como si la misión santa de cura de almas no fuera oficio pastoral y dignísimo; pero hasta ahora no se ha señalado hecho alguno referido por este laborioso y esclarecido sacerdote que resulte falso.

Indudable resulta que la piedad del Rey Católico fué extraordinaria así en tiempos de salud como de enfermedad. Por lo cual se manifestaba tan devoto y ejemplar que era en muchas ocasiones modelo de fe y religiosidad cristiana. Patentizó bien sus raras y sólidas virtudes en muchas ocasiones y lugares, singularmente en el Monasterio del Escorial, donde, según documentos de aquella biblioteca solía celebrar la ceremonia del mandato con tal devoción, que hacía derramar lágrimas y movía los corazones así de los monjes como de la gente secular. Lavaba los pies toscos, puesto de rodillas, de trece pobres ancianos, á quienes servía después la mesa con gran modestia. Rezaba humilde y devotamente los maitines que cantaban los monjes durante la noche, y se complacía en gran manera de asistir y comer con frecuencia en el refectorio de aquel monasterio y de otros en compañía de la comunidad. De este modo y por santificarse pasaba las semanas mayores en que la Iglesia celebra los divinos misterios de la Pasión y muerte del Señor ¹. A vista de todo lo cual parece increíble que se haya llegado á formar y áun arraigar en la mente de hombres serios la idea por demás errónea y torcida de haber sido el Rey Prudente no solo hombre hipócrita y escandaloso, sino verdadero demonio del Mediodía. Otra muy

¹ Fr. Juan de San Jerónimo. *Noticias sobre la fundación del Monasterio de San Lorenzo* k—1—7 (M. S.) He ahí sus palabras: «El Jueves Santo predicó el P. Rector Juan de S. Hieronimo y dixo la misa mayor nuestro P. Prior. Hizo el mandato el Rey nuestro Señor en saliendo de misa en el capítulo de prestado que está en el claustro segundo donde se entierran los frayles. Y esta cerimonia la hizo con mucha devoción que movía los corazones de los que presentes estaban, especialmente de los treze viejos pobres que derramaban lágrimas de sus ojos que corrían por aquellas blancas canas y arrugadas caras viendo de rodillas y á sus pies á su Rey y Señor lavándoles los pies; á los cuales sirvió á la mesa con mucha humildad á quien ayudaban los Príncipes de Bohemia sus sobrinos D. Alberto (y Wenceslao); y toda esta Semana Santa estuvo Su Maj. muy recogido en su aposento y oratorio. Y estuvo á los maitines que se dixerón á prima noche la Pascua de Resurrección. Y el mismo día comió Su Maj. en el refitorio del convento con sus sobrinos y con los frayles, como lo tiene de costumbre de comer entre día. Y el segundo día de Pascua cantó misa Fr. P.^o de Navarra. Y abaxó Su Maj. á ofrescer al missacantano juntamente con sus sobrinos y caballería que con él estaban y pasada la Pascua se partió para Madrid.»

distinta cosa enseñan nuestros santos y egregios varones de aquella centuria cuando nos hablan de las altas prendas y virtudes del Rey Felipe. Y sobre todo la piedad y cualidades de este Monarca aparecen fielmente retratadas en los documentos que de su propia y regia mano guardan inéditos los plúteos de nuestros archivos. Véase á continuación uno de los muchos que se irán copiando en los diversos capítulos de este libro.

«El Rey. Venerables Deán y Cabildo, (de Toledo), siendo como es tan necesario acudir á Dios para que por su misericordia se sirva de guiar y encaminar todo lo que ha enderezado á su servicio y exaltación de su santa fé, y instando al presente la necesidad desto, con la salida de la armada que he mandado parta de Lisboa, cuyo buen successo es para ellos de tanta importancia (como podreys considerar) e querido en conformidad de lo que escribi el año passado encargaros en esta, que luego como la recibays hagays para el dicho fin renovar y reforzar con particular cuidado en essa iglesia las plegarias y oraciones, suplicando á nuestro Señor con grande instancia por el buen successo de la dicha armada para más gloria suya bien y amplificación de su iglesia, para lo cual será de mucho efecto que saqueis el Sanctissimo Sacramento, porque movido el pueblo de esta manera á mayor devoción suplique también á Dios con más vehemencia por su ayuda y favor en tan grande y preciosa necesidad, pues la causa es suya, y allende de hacer en esto lo que es tan propio de vuestras personas y de la confianza que tengo dellas, yo por los dichos respetos me terné en ello por servido, y en que me aviseys como lo habreys puesto en execución. De Madrid á 9 de Hebrero de 1588.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro Señor.—Francisco González de Heredia ¹.» Sobran aquí los comentarios; porque los ciegos pueden ver en tales documentos cuán encendida debía estar el alma de quien con tal ternura de piedad así se explica, manifestando confianza suma en la oración del pueblo fiel y de los ministros santos, y la gran devoción que de continuo mos-

¹ Archivo del Cabildo de Toledo.—Actas capitulares en el libro correspondiente al año 1589.»

tró al eucarístico y divino Sacramento de nuestros altares ¹.

La armada á que se refiere la carta arriba transcrita del Rey Prudente, es sin duda la misma que la historia llamó desde entónces la *Invencible*, cuyo mando fué confiado primeramente al famoso y mejor marino de aquellos tiempos el Marqués de Santa Cruz; pero muerto á la sazón, le sucedió en tan difícil y alto cargo el Duque de Medina-Sidonia, no tan perfecto conocedor de la ciencia naval, como era menester. Constaba aquella célebre armada de 130 navíos grandes de toda clase y la tripulaban 28000 hombres que, unidos á otros refuerzos de tropa traída de Flandes, Italia y Borgoña, venían á componer un ejército de 50000 soldados capaces de llevar á cabo la conquista completa de Inglaterra. Diéronse á la vela los buques de la *Invencible* desde los puertos de Andalucía y Portugal. Mas como el hombre propone y Dios dispone, desbarató de todo punto entónces los planes é intentos religiosos y patrióticos de Felipe II horrible y espantosa tempestad de mar y tierra, que dió con la mayor parte de la armada en los abismos del Océano. ¿Quién lo duda? Los crímenes y errores de la herética pravedad de las Islas Británicas no merecían, como apunta un cronista de aquellos siglos, la verdad íntegra y pura del Evangelio que llevaban á bordo los buques guerreros que allá enviaba el piadoso Monarca ².

¹ Los autores no españoles, y hasta los protestantes, como verbigracia el mismo Prescott, son constantes en declarar que Felipe II y el Emperador su padre fueron entrámbos monarcas piadosos; pero con la diferencia que D. Carlos V pareció algunas veces querer subyugar la religión á los intereses de la monarquía, miéntras que su hijo D. Felipe buscó siempre y ante todo el triunfo de la Iglesia y la gloria de Dios. A este propósito escribe un autor modreno de mucho peso y saber en esta forma: «Ne croit-on pas saisir ici sur le fait une difference essentielle entre Charles et Philippe, religieux tous deux, profonds politiques tous deux, mais avec ce trait distinctif, que l' un semble parfois faire ceder la religion á l' interêt politique, l' autre au contraire placer toujours et partont au premier rang et a quelque prix que ce soit les exigences de sa foi et de sa conscience de roi catholique.» *Le Règne de Philippe II et la Lutte religieuse.....* par Nameche. Tom. I. pág. 67. Paris—Louvain. 1885.

² «Este mismo celo (del Rey) fué el que le obligó á enviar aquella potentissima armada contra Inglaterra, en tiempo de Isabela, á quien los

Refieren no pocos historiadores hablando del triste y lamentable suceso de la invencible armada, que en sabiéndolo el Rey Prudente, se quedó tan impávido como resignado, pronunciando aquellas palabras: No mandé yo mi armada á pelear contra los vientos.» Podrá muy bien respetarse esta relación; pero no hay duda que la pérdida de la *Invencible* llegó muy dentro del alma al Rey; y es cosa cierta que dió pruebas de gran dolor y sentimiento aunque conformando el ánimo por manera admirable con lo dispuesto en ello por la Divina Providencia. Y fueron tan públicas y notorias las señales de amargura que entónces dió viendo á su *Invencible* destrozada y hundida por el ímpetu de las olas embravecidas, vecinas al cabo de Finisterre, que los títulos de España y principales del Reino le consolaron y ofrecieron hacienda, caudales y personas para organizar y construir buques y marina poderosa contra el orgullo cismático de la nación inglesa. Lo cual prueba de paso la buena armonía en que andaban el Rey y la Nobleza española: y prueba más, esto es: que las desgracias del Monarca no eran indiferentes á los vasallos. Y en fin, muestra asimismo cómo el corazón del Rey era harto más sensible y paternal de lo que pintan sus enemigos ¹.

Como arriba se ha visto, encargaba el Rey Prudente en su

vientos disiparon y los mares tragaron, porque no merecían la luz que llevaba los pecados de aquella isla.» *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen*, por el P. Fr. José de Santa Teresa: tomo 3.º libro X: cap. VIII, pág. 192.

¹ *Relación de casos notables que han sucedido en diversas partes de la cristiandad especialmente en España*, manuscrito contemporáneo, de Mathias Escudero anteriormente ya citado. Léanse sus palabras: «Como el Rey D. Philippe vido el mal suceso que su poderosa armada avía tenido contra los ingleses y la gran pérdida que avía tenido de gentes estava recojido dando gracias á Dios por lo que avía servido de hacer en ello; y visto los grandes de este reino despaña como el Rey avía sentido mucho la pérdida tan grande, por animalle y esforzarle se juntaron y le fueron á hablar y ofrecerle para el año siguiente si quería tornar á imbiar á Inglaterra otra jornada, le ofreció cada uno en dinero lo que más podía y asimismo sus personas para le servir, y uvo algunas que le ofrecieron CU=100.000 ducados y de allí abaxo cada uno lo más que podía, y así juntó el Rey buena cosa de dineros para armar otra jornada contra Inglaterra, la qual después se dexó por causas urgentes.»

carta al Cabildo Primado y, según solía, á las demás iglesias de España, que para más conmover los corazones de los fieles á piedad y devoción y obtener con mayor eficacia el favor del Cielo expusiesen públicamente en los altares el Augustísimo Sacramento de la Eucaristía. Lo cual confirma muy señaladamente la devoción tan especial que profesaba al misterio soberano y dulcísimo del divino amor. Y esto es muy gran verdad; porque el amor encendido con que adoraba el Rey al Santísimo Sacramento del Altar llenaba todo su ser y le movía á mucha ternura; en tal manera, que se complacía en hablar y tratar con los de su cámara de aquel divino misterio, refiriéndoles el hecho célebre del Conde Rodolfo, el cual hallándose con un sacerdote que llevaba el Santísimo Viático á un enfermo, se apeó del caballo, é hincadas las rodillas para adorar la Majestad Divina, le obligó á montar en él, sin permitir que el ministro de Dios se lo devolviera. Y protestó resuelto que ni él ni nadie de su familia volvería á montar el caballo que había llevado encima al mismo Dios Criador de todas las cosas. De este célebre suceso narrado por los historiadores é inmortalizado por Rubens en uno de sus mejores lienzos, afirmaba Don Felipe haberse originado la prosperidad y grandeza de su familia y casa de Austria¹. De modo que áun en esto se ve muy clara y muy de bulto la piedad del Monarca Prudente y la devoción que mostraba á los misterios y cosas venerandas de nuestra religión.

¹ «Por la gran ternura de devoción que tenía al Santísimo Sacramento, solía repetir algunas veces á los de su cámara el suceso notable del Conde Rodolfo, que viendo á la ribera de un río á un sacerdote que se estaba desnudando para pasar por él, á llevar á un enfermo el Santísimo Sacramento, atajando tierra; oyendo ésto el generoso Conde, se apeó del caballo en que andaba cazando, y puesto de rodillas adoró á su Criador, cuya presencia reconocía en el Sacramento, y subiendo al sacerdote en el caballo le encargó la brevedad, y él se quedó esperando en la ribera, y le hizo gracia del caballo diciendo: no quiera Dios, que yo ni ninguno de los míos, vuelva á subir en caballo que ha llevado sobre sí á mi Dios y Criador. Esto repetía el Rey Prudente, afirmando que desde este punto había Dios prosperado su familia y casa.» Licenciado Baltasar Porreño; *Dichos y Hechos*, cap. VI, pág. 86. Edición de Valladolid.

Y sin duda en premio de todo ello, le dispensó Dios nuestro Señor favores singularísimos de paciencia y resignación en su última enfermedad. Pues consta con toda certeza por los testigos que declararon en forma jurídica para el *Testimonio* de Cervera, que el Rey de los Cielos le colmó de consuelos concedidos solamente á varones santos ó almas favorecidas, y muy llenas de la divina amistad. Porque alguna vez se vió entonces al piadosísimo Rey arrebatado como en éxtasis que al principio creyeron los que allí estaban particular acceso ó paroxismo; pero que bien miradas las señales extraordinarias de afectos y amor divino con que repentinamente volvió en sí, lo explicaron y entendieron Fr. Diego de Yepes su confesor y el Arzobispo de Toledo D. García de Loaysa, por verdadero raptó, como aquellos que suele Dios conceder á los Santos. ¡Oh gran Monarca! ¡Con razón te apellidó Santo la mística Doctora de la Iglesia, Teresa de Jesús!

¹ «Esto fué demostración tan notable (según refiere Fr. Diego de Yepes su confesor) que pareció á D. García de Loaysa, Arzobispo de Toledo, y á los que allí estaban, que era imposible naturalmente aver podido tan presto bolver en sí, con tan vivo afecto y consideracion, sino que sin duda tuvo en aquel punto algún favor del cielo, ó visión que le puso afecto tan vivo, qual nunca antes avia tenido, y que aquel más fué raptó que paroxismo, lo qual parece provable y pia consideracion, según las grandes cosas que passaron en este discurso, y las misericordias que nuestro Señor obró con este buen señor, devoto religioso y pío.» *Testimonio Auténtico*, de Cervera de la Torre, pág. 26.